



AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 23.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edición de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerías en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80... Tres meses, 45... Un mes, 16.

Edición de 12 figurines ca. la año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs... Seis meses, 65... Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edición sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

EDITOR PROPIETARIO: Don Abelardo de Carlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Librería de Don C. Bailly-Baillière, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tana, calle de San Juan.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.
PARIS, Mr. Fermin Didot Frères, rue Jacob, 56.

Sumario.—Corpiño-chaqueta.—Cuadro de guipur.—Entredos al crochet.—Cuatro dibujos á punto ruso.—Encage de frivolité.—Encages y entredos al crochet.—Cesta de paja y seda, labor al crochet.—Cifra de la Virgen.—Espiral de cordón de seda ó de lana, para trajes y confecciones.—Forro de peña de goma elástica.—Encage á punto de aguja.—Orlas y entredos.—Dos rosáceas para ropa blanca.—Zagalejo de fular crudo.—Zagalejo y traje de moer, para señorita.—Trage de alpaca blanco.—Trage de fular blanco.—Revista de Florencia.—Un colegio de señoritas en provincia.—Los vecinos de Durlingen.—Baños y aguas minerales de Chiclaun.—Figurín iluminado.

Corpiño-chaqueta.

Se hace de muselina blanca y se cruza por delante á la manera de un fichú; la espalda es cuadrada y dos tiras la ligan con el delantero por debajo de los brazos, para cruzarse por detrás haciendo las veces de cinturón, formando así una sisa de manga, pero solo por delante. Para los trajes de chaconas y de muselina, se



CORPIÑO-CHAQUETA (VISTO DE ESPALDA).

Cuadro de guipur.

El fondo, de red, se hace sobre un molde de centímetro y medio de circunferencia (medida con hilo). Se emplea para el fondo y para el bordado el mismo hilo, que es de medioano grueso.

Se principia la red por dos mallas, y se trabaja de ida y vuelta, aumentando una malla al fin de cada vuelta; de este modo se continúa hasta tener 26 mallas; se hace una vuelta con este mismo número, luego se disminuye una malla al fin de cada vuelta; cuando quedan solo dos mallas, se las reúne de modo que formen solamente una. Este cuadro se estira sobre un marco pequeño de hierro; se rellenan las dos primeras filas de mallas á punto de tela y á punto de esprit (véase el detalle n.º 7).—La estrella de 8 puntas, colocada en el centro del cuadro, se hace con arreglo á las indicaciones de los detalles n.º 5 y 6. Para esta estrella, se fija el hilo al nudo de la red marcado *a*, se le conduce al sesgo haciendo buclecillos de feston (dos sobre la barreta perpendicular, uno sobre la tira horizontal) hasta llegar á la letra *b* del detalle n.º 6; de aquí, se fija el hilo al nudo *c*; se ejecuta en sentido opuesto una segunda punta de la estrella, hasta volver á *b*, y para continuar haciendo las puntas, se lleva el hilo por los mas próximos vacíos marcados por una cruz;— luego se vuelve al nudo *c*. El centro de la estrella se rellena con una especie de rueda (hilo cruzado) cuyo medio está formado por el hilo vuelto en espiral sobre sí mismo. Para cada una de las 4 rosetas que rodean la estrella, hay que guiarse por las indicaciones de los detalles n.º 3 y 4. Se hacen en seguida las cuatro hojas que se ligan con la estrella, rellinando, con arreglo á las indicaciones del n.º 4, las cuatro vueltas de la red con buclecillos de festones muy apretados y cogidos unos en otros, los pequeños pétalos sueltos. El detalle n.º 2 representa uno de los cuatro agujeros rellenos con los buclecillos de feston y con el pétalo suelto,—el 2.º agujero sin el pétalo,— el 3.º

podrá ejecutar este corpiño igual al trage, y llevarse sobre el corpiño escotado del trage. Nuestro modelo está guarnecido de encages estrechos, blancos y negros, sobre los que corre un ligero galonado, de cuentas negras.

con los buclecillos. El hilo superior forma la segunda fila de los primeros buclecillos que rellenan todo el fondo de la red; el hilo de debajo forma la 1.ª fila de buclecillos del pétalo que está atado entre los buclecillos del hilo superior sobre la red misma. Las demás filas de buclecillos se ligan en

tre sí, no á los buclecillos inferiores, y se disminuye su número sucesivamente (uno menos en cada fila) á fin de hacer puntiaguda la hoja. El cuarto agujero, destinado para la hoja, está marcado con un punto. Se rellenan los agujeros todavía vacíos del cuadro á punto de esprit (véase el detalle n.º 2); y se trabaja á punto de zurcido para hacer lo demás del dibujo, y los pétalos largos, agrupados de cinco en cinco (véase el detalle n.º 4), se ligan con las rosetas del centro, inmediatas á la estrella.

Entredos al crochet.

MATERIALES.—Hilo corazon de lino número 80, ó algodón mas 6 menos grueso, segun el destino que haya de darse al entredos.

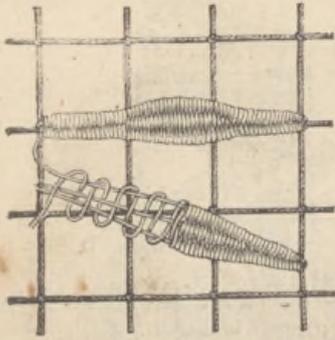
Se principia por el medio, haciendo una cadeneta



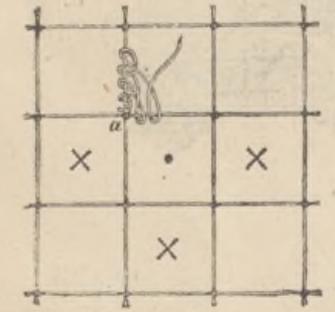
CORPIÑO-CHAQUETA (VISTO DE FRENTE).

del largo necesario.—1.ª vuelta.—Una brida en el primer punto.—2.ª vuelta.—Una brida en el 2.º, pero esta doble brida no se termina enteramente, de modo que quedan sobre el espacio dos buclecillos, separados por un espacio; se hacen tambien en el mismo 2.º punto 2 dobles bridas, como la anterior; se

Acompaña á este número el patron ilustrado n.º 5 del presente año.

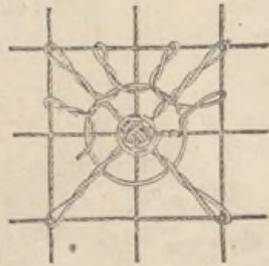


N.º 1.



N.º 5.

reunen los bujecillos todos de las tres, pasando la hebra por los tres primeros bujecillos, luego se desmontan el echado y el último punto juntos haciendo cada vez 1 punto,—3 en el aire, por debajo de los cuales se pasan 7 de la cadeneta.—

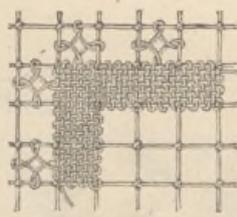


N.º 4.

Vuélvase desde * hasta el fin de la vuelta.

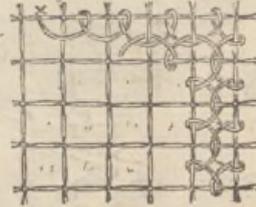
2.ª vuelta.—Alternativamente un punto sencillo en cada uno de los 3 primeros puntos de la vuelta anterior,—un piquillo, es decir, seis puntos en el aire y un punto-cadeneta en el primero de los 6.

Las vueltas 3.ª y 4.ª son como

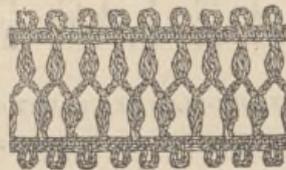


N.º 7.

EJECUCION DEL CUADRO DE GUIPUR.

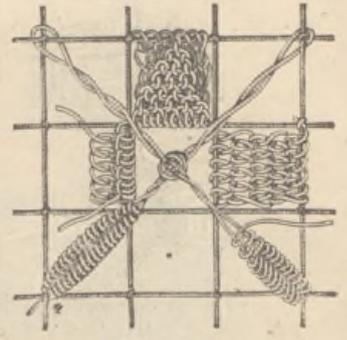


N.º 8.

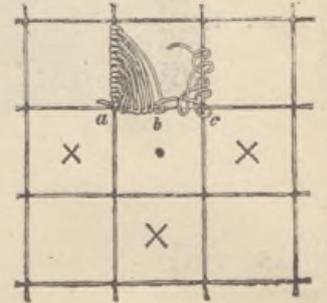


ENTREDOS AL CROCHET.

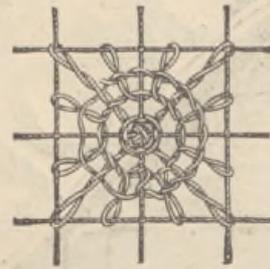
al crochet, sino á punto de feston claro. Se fija el asa sobre la cinta que reúne las dos mitades de la tapa; esta se adorna con un rizado á pliegues dobles; los lazos cubren los extremos del asa.



N.º 2.



N.º 6.



N.º 3.

Cifra de la Virgen.

Se borda con este dibujo el paño que se coloca sobre el cáliz. Se le puede también ejecutar con tintas grises y blancas sobre fondo azul.

Espiral de cordon de seda ó de lana, para trages y confecciones.

Se toman 5 cabos de cordon muy fino (á menos que no se prefiera comprar trencilla) y con ellos se forma una trenza, llamada trenza rusa, asegurando estos 5 cabos sobre un plomo ó un cogin cualquiera; para formar la trenza se dirige la hebra 1, en el sentido indicado por la línea de puntos, á través de las dos hebras que se encuentran á cada lado, y por cima de estas hebras; del mismo modo se procede con la hebra 2, que la cruza; se continúa de igual manera, considerando siempre como hebra 1 la que es exterior, colocada á la derecha, como hebra 2 la que está colocada á la izquierda; este cordon se cose en espiral para formar con él adornos mayores ó menores.

Forro de una pelota de goma elástica.

MATERIALES.—Torzal negro de seda,—8 gramos de lana céfiro de diversas tintas vivas.

Con poco gasto y poco trabajo se puede transformar una pelota vieja en un juguete nuevo y de aspecto elegante.

Se cubre la pelota estendiendo por cima de ella la seda negra, según la disposición indicada en el dibujo, el cual representa la pelota cubierta solamente en su mitad, á fin de que deje ver el trabajo preparatorio. Se pasa la hebra de seda en cada extremo, una vez por encima y otra por debajo de los hilos que se han estendido, y se emplea una aguja de tapicería. Se cubre en seguida la pelota del mismo modo, (por consiguiente todo á punto de zurcido) con retazos de lana céfiro de varios colores vivos disponiendo estos por fajas ó listas de 12 á 14 vueltas. Se apunta con cuidado el principio y el fin de cada cabo de lana.

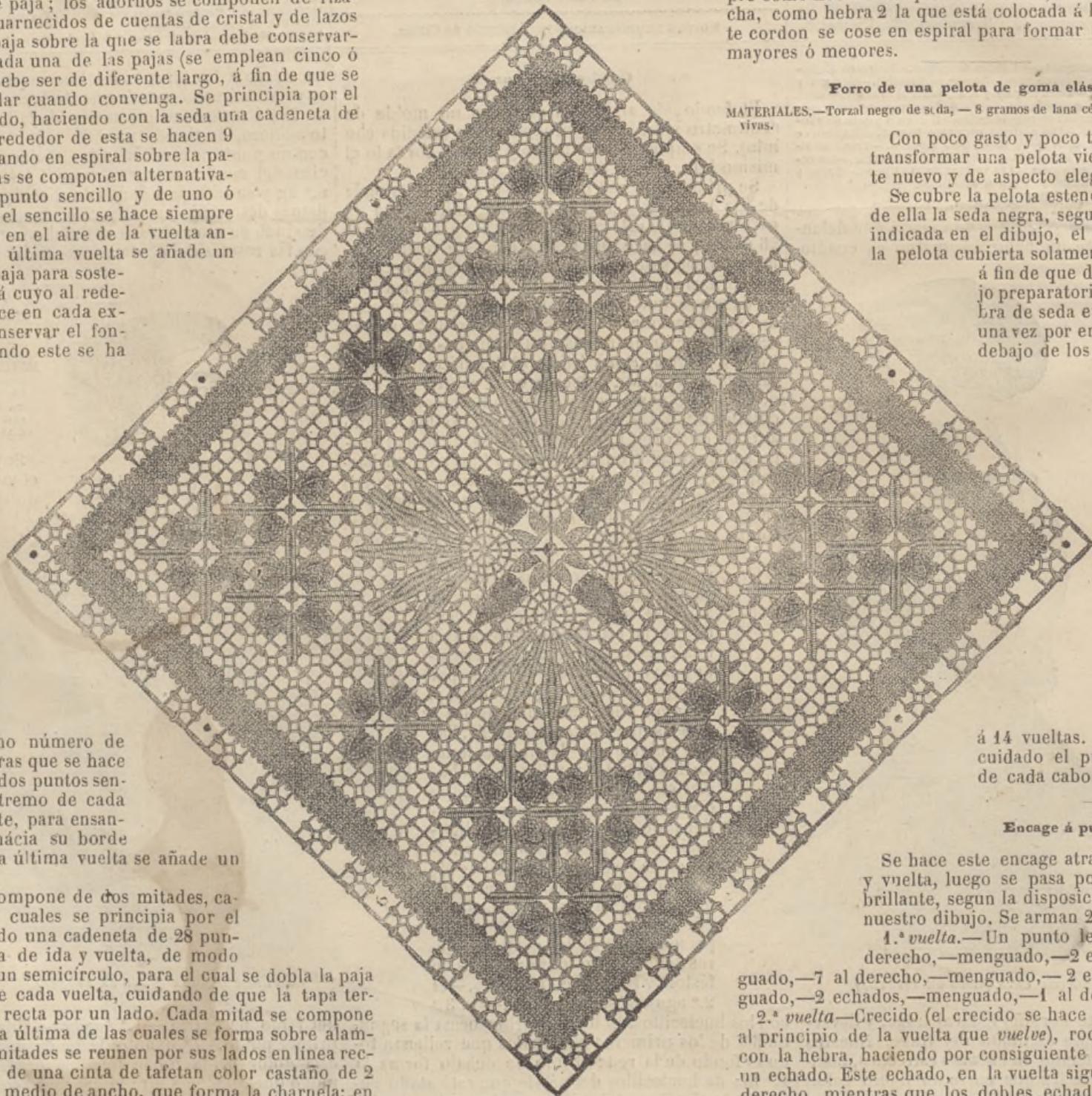
Encage á punto de aguja.

Se hace este encage atravesado, de ida y vuelta, luego se pasa por el hilo plano, brillante, según la disposición indicada en nuestro dibujo. Se arman 23 puntos.

1.ª vuelta.—Un punto levantado,—2 al derecho,—menguado,—2 echados,—menguado,—7 al derecho,—menguado,—2 echados,—menguado,—2 echados,—menguado,—1 al derecho.

2.ª vuelta.—Crecido (el crecido se hace en este encage al principio de la vuelta que vuelve), rodeando la aguja con la hebra, haciendo por consiguiente lo que se llama un echado. Este echado, en la vuelta siguiente se hace al derecho, mientras que los dobles echados se hacen uno al derecho y otro al revés; los demás puntos se hacen al derecho.

CUADRO DE GUIPUR SOBRE RED.



Cesta de paja y seda, labor al crochet.

MATERIALES. Paja; seda de Argel color castaño; cinta de tafetan del mismo color, de 2 cents. y medio de ancho; cuentas pequeñas de cristal; un pedazo de junco.

Esta cesta, provista de una tapadera en dos mitades, se hace de seda, al crochet, sobre paja; los adornos se componen de rizados de cinta guarnecidos de cuentas de cristal y de lazos de cinta. La paja sobre la que se labra debe conservarse húmeda. Cada una de las pajas (se emplean cinco ó seis á la vez) debe ser de diferente largo, á fin de que se las pueda igualar cuando convenga. Se principia por el medio del fondo, haciendo con la seda una cadeneta de 46 puntos; al rededor de esta se hacen 9 vueltas, trabajando en espiral sobre la paja; estas vueltas se componen alternativamente de un punto sencillo y de uno ó dos en el aire; el sencillo se hace siempre sobre el punto en el aire de la vuelta anterior, y en la última vuelta se añade un alambre á la paja para sostener el fondo, á cuyo al rededor va; se crece en cada extremo para conservar el fondo plano; cuando este se ha terminado, se principia el borde, y se compone de 11 vueltas, sin cortar la seda, que ha servido hasta entonces.—Este borde se hace siguiendo las indicaciones dadas para el fondo, y sus dos primeras vueltas se labran sobre el mismo número de puntos, mientras que se hace un crecido de dos puntos sencillos en el extremo de cada vuelta siguiente, para ensanchar la cesta hácia su borde superior; en la última vuelta se añade un alambre.

La tapa se compone de dos mitades, cada una de las cuales se principia por el medio haciendo una cadeneta de 28 puntos. Se trabaja de ida y vuelta, de modo que se forme un semicírculo, para el cual se dobla la paja al principio de cada vuelta, cuidando de que la tapa termine en línea recta por un lado. Cada mitad se compone de 9 vueltas, la última de las cuales se forma sobre alambre. Las dos mitades se reúnen por sus lados en línea recta, por medio de una cinta de tafetan color castaño de 2 centímetros y medio de ancho, que forma la charnela; en esta cinta se fija un alambre. El asa, hecha de junco y seda (como la cesta) tiene 40 cents. de largo; se cubre, no

cillo de la vuelta anterior. Se repite siempre desde la 2.^a hasta la 5.^a vuelta inclusive.

N.º 8.—*Encage*.—Se hace una cadeneta del largo necesario.

1.^a vuelta.—* Un punto sencillo en el primer punto,—7 en el aire por debajo de los cuales se pasan 5 puntos.—Vuélvase desde *.

2.^a vuelta.—* Un punto sencillo en el medio de cada uno de los festones de 7 puntos en el aire, y despues de cada punto sencillo, 7 en el aire. Vuélvase desde *.

3.^a vuelta.—Como la 2.^a

4.^a vuelta.—Sobre cada feston 9 puntos sencillos.

5.^a vuelta.—Un punto sencillo en el medio de cada feston, y despues de cada punto sencillo, 7 en el aire.

6.^a vuelta.—Sobre cada feston, 10 puntos sencillos.

7.^a vuelta.—Sobre cada feston, 5 veces seguidas 2 puntos en el aire y un piquillo (cada piquillo de 3 puntos en el aire y de un punto-cadeneta en el primero de estos 3 puntos).

N.º 9.—*Entredos hecho atravesado*.—Se hace una cadeneta de 27 puntos.

1.^a vuelta.—Se pasan los 3 últimos puntos, que forman la 1.^a brida,—una brida en el 4.^o punto de

dibujo). Los dientecitos se hacen en ambos lados á lo largo,—un punto sencillo sobre la brida mas próxima exterior;—* 5 puntos en el aire.—uno sencillo,—una media brida,—una brida, todo ello en el medio de los 5 puntos en el aire que se acaban de hacer,—un punto sencillo,—un punto sencillo sobre la 2.^a brida exterior.—Vuélvase desde *.

N.º 10. *Entredos guipur*. Se trabaja siempre en el sentido del largo;—* 5 puntos en el aire y una brida en el 1.^o de ellos,—1 piquillo dirigido hácia abajo (es decir 6 puntos en el aire). Se saca el crochet, se le pica en el primero de estos 6 puntos, se toma la hebra, que se hace pasar por este punto, luego se juntan los 2 puntos, para reunirlos en uno solo,—6 puntos en el aire y una brida en el 1.^o de estos 6 puntos,—un piquillo dirigido hácia abajo,—5 puntos en el aire y una brida en el 1.^o de estos.—Vuélvase desde *.

2.^a vuelta.—* Un punto sencillo sobre los 5 en el aire mas próximos,—3 en el aire,—un piquillo dirigido hácia abajo (los piquillos de esta vuelta se ha-

re, por debajo de los cuales se pasan 4 puntos,—uno sencillo sobre cada uno de los 2 en el aire mas próximos.—Vuélvase desde *.

4.^a vuelta.—Un punto en el aire,—un piquillo dirigido hácia abajo,—2 puntos en el aire,—un piquillo dirigido hácia abajo,—2 puntos en el aire,—* uno sencillo sobre los 4 en el aire mas próximos de la vuelta anterior,—4 en el aire,—uno sencillo sobre los siguientes 4 en el aire 3 veces seguidas,—2 en el aire,—un piquillo dirigido hácia abajo y 2 puntos en el aire.—Vuélvase desde *.

5.^a vuelta.—Un punto sencillo sobre el 1.^o en el aire de la vuelta anterior.—un piquillo dirigido hácia arriba;—un punto sencillo en cada uno de los 2 en el aire mas próximos,—un piquillo dirigido hácia arriba,—2 puntos sencillos;—* 3 en el aire,—uno sencillo en el 2.^o de los 4 en el aire mas próximos de la vuelta anterior,—3 en el aire;—3 veces seguidas 2 puntos sencillos.—un piquillo dirigido hácia arriba,—2 puntos sencillos; se repiten, para la otra mitad del entredos, las 3.^a 2.^a y 1.^a vuelta.

Orlas y entredoses.

Orla festoneada.—Se trazan los contornos del feston, luego se estienen por dentro hilos torcidos para ejecutar las ruedas; se ejecuta el punto de es-



EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Zagalejo de fulard crudo, con rulós de tafetan negro; trage igual á aquel, recortado á puntas altas, guarnecidas de rulós negro y de un encage estrecho negro: el trage va abierto por detrás; paletot igual al trage.

Señorita jóven.—Zagalejo y trage de moer gris claro, con rulós de tafetan verde vivo.

Trage de a'paca blanco, con tiras de tafetan azul, formando por abajo una vuelta; túnica y tirantes.

Trage de fulard blanco, con tiras de tafetan negro, encage y bordados negros; zagalejo de fulard blanco; corpiño-paletot igual al trage.

cadeneta,—3 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan 3 puntos,—una brida en cada una de las 15 siguientes,—3 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan 3 puntos,—una brida sobre cada uno de los 2 últimos puntos.

2.^a vuelta.—3 puntos en el aire formando la primera brida,—una brida sobre la mas próxima de la vuelta anterior,—3 puntos en el aire,—una brida sobre cada una de las 4 siguientes,—3 puntos en el aire,—uno sencillo en el medio de las 15 bridas,—3 en el aire,—4 bridas sobre las 4 últimas de las 15 bridas,—3 puntos en el aire,—una brida sobre cada una de las dos últimas de la vuelta anterior.

3.^a vuelta.—3 puntos en el aire.—una brida sobre la mas próxima de la vuelta anterior;—3 puntos en el aire,—una brida sobre cada una de las 15 siguientes,—3 puntos en el aire,—5 bridas sobre cada uno de los 3 puntos en el aire,—3 puntos sencillos de la vuelta anterior,—3 puntos en el aire, por debajo de los cuales se ponen 5 con aís,—2 bridas,—3 puntos en el aire,—una brida sobre cada una de las 2 últimas de la vuelta anterior;—3 puntos sencillos en sentido inverso, á que se vuelven á principiar las 6 vueltas (véase el

cen con 4 puntos en el aire),—3 puntos en el aire,—1 piquillo como arriba,—7 puntos en el aire.—2 piquillos como arriba,—3 puntos en el aire,—1 piquillo como arriba,—3 puntos en el aire.—uno sencillo sobre los 5 en el aire mas próximos de la vuelta anterior,—4 en el aire.

3.^a vuelta.—* Un punto sencillo sobre cada uno de los 2 primeros en el aire de la vuelta anterior;—* un piquillo dirigido hácia arriba (es decir 4 puntos en el aire y un punto-cadeneta en el primero de aquellos),—un punto sencillo en cada uno de los 2 en el aire siguientes de la vuelta anterior,—un piquillo dirigido hácia arriba,—un punto sencillo en cada uno de los 3 en el aire, detrás del más próximo piquillo dirigido hácia abajo,—4 en el aire,—uno sencillo en el medio de los 7 en el aire de la vuelta anterior.—4 en el aire,—uno sencillo en cada uno de los 3 en el aire siguientes,—un piquillo dirigido hácia arriba;—se pasa un punto en el aire,—uno sencillo en cada uno de los 2 mas próximos en el aire,—un piquillo,—se pasa un punto en el aire,—uno sencillo en cada uno de los 2 mas próximos sencillos,—4 en el aire.—uno sencillo en el 2.^o de los 4 en el aire de la vuelta anterior,—4 en el ai-

pina sobre la orla (con algodón de bordar todo ello) se recorta la tela entre los contornos festoneados.

Orla de esquinas.—Punto ruso, punto de cadeneta y pasado. Dos entredoses al realce y bordado inglés, con puntos de escala al rededor.

Orla de red.—Los cuadros mates se hacen al zurcido con algodón de zurcir; los cuadros calados se ejecutan á punto de esprit, con hilos; estas orlas se festonean por abajo, y luego se recortan.

Dos rosáceas para ropa blanca.

Se emplean para adornar corpiños blancos, cabos de corbata, etc. Estos dibujos se ejecutan al realce.

REVISTA DE FLORENCIA.

SUMARIO.—Le chemin du Paradis, de la señora de Rattazzi.—Acusacion y defensa.—Una agradable soirée.—El Politeama.—El Dominó negro, (ópera).—El Marco Visconti, (balle).—Teatros de invierno.—Despedida de la Périgola.—La Africana.—Conclusion.

¿Quién dirá que un libro ocupa la atencion de Florencia? Entiéndese bien que no hablo de la Florencia

política: esta no separa los ojos del Sr. Ferrara, Ministro de Hacienda.

La social por el contrario, no los levanta del libro que nos ocupa.

¿Cuál es el título de esta obra que tanto preocupa la atención pública?

LE CHEMIN DU PARADIS.

—Gracias á Dios! dirán muchos de los que creen á la Italia un infierno.—Gracias á Dios que en Italia se escribe y se habla de la verdadera senda que conduce al Paraíso.

Pero en esto como en casi todas sus preocupaciones, los fanáticos han hecho fiasco.

Y precisamente en el CHEMIN DU PARADIS es en lo que la mayor parte de Florencia ha visto *le chemin de l'Enfer*.

—¿Quién lo ha escrito, me preguntarán los que no lo saben—un ángel ó un demonio?

Ni un demonio ni un ángel, lo ha escrito una señora, y todos sabemos que hasta ahora los filósofos no han decidido si la mujer es una creación celestial ó no.

La autora (no tenemos inconveniente en decirlo cuando ella misma ha autorizado la obra) es la señora del Presidente del Consejo de Ministros, la señora de Rattazzi.

La sociedad florentina se ha dividido en dos bandos: uno que nada encuentra en el libro que ofender pueda á las familias que se creen aludidas; otro que lo reprueba como una sátira á la vida privada de muchas familias.

La verdad es que este libro vino á luz y gozó dos ó tres meses de una existencia pacífica, ni envidioso ni envidiado; y reconocido tan solo como un nuevo escrito literario de la ilustre señora Maria de Solms.

Pasado este tiempo una acusación formidable cubre con sus negras alas LE CHEMIN DU PARADIS.

Esta acusación se difunde y del fondo del misterio que le había dado el ser penetra hasta el sagrado asilo de las familias.

El libro se devora, los libreros se apresuran á pedir nuevas remesas para alimentar el estómago de la curiosidad pública y esta obra viene á ocupar las mesas de muchos salones y lo que es peor, la mente de muchas familias que en vez de una obra literaria encuentran en este libro un álbum de retratos fotográficos.

Pero lo mejor es que los retratos no se parecen á los originales y los originales se creen retratados.

Nosotros no elogiamos el libro ni á quien lo detracta. Pero desaprobamos por completo los desafíos que han tenido lugar.

En efecto, el silogismo siguiente no admite réplica.

O las personas que se pronuncian en contra de *Bicheville* han hallado el propio retrato en los tipos presentados por la señora Maria de Solms y en este caso la señora de Solms ha escrito la verdad; ó no lo han hallado y entonces la acusación es infundada.

Mañana se publica, por ejemplo, *La vida del hombre vicioso*; y yo grito que el hombre vicioso es mi propio retrato.

Una de dos, ó yo soy vicioso, y en este caso la culpa es mía, ó no lo soy, y en cuyo caso el retrato no es mio.

Suponed mas aun; yo soy casado (Dios no lo permite por ahora) y se publica una obra en que se dice:

"Y la esposa de Enrique Abcdef hermosa jóven de cabellos negros y negros ojos pidió licencia á su marido para bajar al jardín. Ya comprenderán nuestros lectores, que la bella condesa esposa del señor Abcdef no bajó al jardín para coger flores sino porque á la pálida luz de la luna un pálido mancebo espiraba de amor si una palabra de la encantadora Maria no reanimaba aquel corazón... etc. etc."

Mi esposa que ha leído este párrafo viene hácia mi furiosa y me dice:

—Mira, como en este mundo nada se respeta; aquí tienes á tu esposa puesta en ridículo; porque no cabe la menor duda de que esta Maria soy yo!

La descripción del libro no me había impresionado lo mas mínimo, pero la confesión de mi esposa me hieló la sangre.

Si mi esposa no me hubiera dicho nada yo que tenía la conciencia tranquila no hubiera visto en la señora de Abcdef mas que uno de esos tipos que desgraciadamente tanto abundan en la sociedad; mi esposa confiesa, yo pierdo la razón y corro en busca del autor del libro.

A la mitad del camino pienso lo que voy á hacer; pienso que pedirle una satisfacción es aumentar la publicidad, y me vuelvo á casa un poco mas tranquilo.

Consulto á mi esposa sobre su inicuo proceder y ella me responde que es inocente. Entonces le pregunto el porqué ha encontrado su retrato en el de la señora de Abcdef y ella me dice con la mayor ingenuidad:

—No puede ser mas que yo, teniendo *bellos ojos negros, hermosa figura y un jardín en casa*. Es verdad que tú no te llamas Enrique ni yo Maria, pero esto lo han hecho para desfigurar; es cierto que yo no soy condesa, pero eso lo han escrito para encubrir.

Después de esta declaración yo me echo á reír y aconsejo á mi esposa de no apropiarse retratos ajenos, pues acabará por sucederle como á los aprensivos que se creen siempre atacados del mal que sufren los otros y que se dejan arrastrar por las opiniones de todos.

Don Basilio se hubiera creído verdaderamente enfermo y hubiera ido á meterse en cama si la bolsa del conde de *Almaviva* no le hubiera aclarado la situación.

Lo que acabamos de referir es lo que ha sucedido con el *Camino del Paraíso* y no hubiera tenido consecuencias funestas si muchos maridos se hubieran comportado como yo con mi esposa.

¿Es la amistad con la señora de Rattazzi la que me hace hablar así? ¿Es una simpatía hácia esta señora la que me inclina en su favor? Nada de eso. Es que yo no puedo hallar alusiones en el libro de la señora princesa de Solms contra personas que ella misma aprecia, contra personas que la opinión pública respeta y que la buena sociedad señala como modelo de señoras. Es que yo creería ofender á estas dignísimas familias viéndolas aludidas en dicho libro. Es que me acuerdo de aquella famosa sentencia: *Honni soit qui mal y pense*.

Mucho nos hemos extendido, mucho hemos caminado por la senda del Paraíso, pero es la cuestión del día y yo he dicho poco en razón á lo mucho que se habla.

No terminaré sin embargo este artículo antes de haber dicho dos palabras sobre una *soirée* que en una de estas pasadas noches ha tenido lugar en los elegantes salones de la amable señora condesa Dzieduszycka de Cappelli.

Se trataba de un teatro en miniatura con figuras de movimiento. La representación se componía de dos piezas en un acto perfectamente interpretadas por todos y especialmente por los hijos de la señora marquesa Uguccioni.

Y ya que hablamos de esta señora, tipo en la buena sociedad florentina, le pedimos la vènia para decir á nuestros lectores que su estudiosa cuanto bella hija puede llamarse con razón una de las mas lindas flores de Florencia.

Hace tiempo que un periódico me acusó de ser poco pródigo en elogios á las señoras. En este momento, hablando de la señorita Uguccioni merezco la acusación.

Después de la comedia tuvimos el gusto de ver un gracioso baile de figuras mecánicas y diversos cuadros de fantasmagoría.

Terminado el entretenimiento de los niños empezó el de los jóvenes.

El baile duró hasta una hora avanzada y en él se veía reunido, lleno de vida y de belleza, uno de los mas hermosos *buquets* de la nobleza, compuesto de flores nacionales y extranjeras.

Nombres tan conocidos y apreciados como los de las marquesas Bartolomei, Franzoni y Antinori, condesas Mozzi, Giuntini y Baldini figuraban en este elegante ramillete.

Las palabras que acabamos de escribir no son una prueba de gratitud, es una deuda de justicia que pagamos á la amabilísima familia que recibía y á las dignísimas personas que concurrían.

El Sr. Director de LA MODA ELEGANTE es demasiado amable para no concederme dos líneas mas y yo aprovecho de su amabilidad para escribirlas.

El *Politeama*, magnífico teatro diurno que por su rara forma es único en Florencia y tal vez en Italia, ha abierto sus puertas al público presentando la ópera *Il dominó nero* (no muy bien ejecutada por cierto) el grandioso baile *Marco Visconti* que llena el local, y es de advertir que este teatro no se llena con cuatro ni con cinco mil personas.

Los primeros bailarines son muy notables y en el cuerpo de baile se hallan cuarenta sifides ligeras como mariposas y encantadoras como sirenas.

El *Marco Visconti* es de gran aparato y tanto en las decoraciones como en la presentación escénica nada deja que desear. Algunos bailarines iluminados por luz eléctrica son de bellísimo efecto, y el acto del torneo, en el que toman parte doce ó trece caballos es de muy buen gusto.

Los teatros de invierno están todos cerrados.

La *Pérgola* se ha despedido del público con la *Africana* de Mayerbeer; donde la célebre Carolina Ferni ha hecho furor, y con un agradable baile donde la graciosa señorita Bezetta se ha hecho, como siempre, admirar.

Y aprovechando de esta despedida, yo saludo á mis amables lectoras, terminando mi revista, que si está muy lejos de ser en mérito como *La Africana*, puede competir con ella en cuanto á extensión.

José C. BRUNA.

UN COLEGIO DE SEÑORITAS EN PROVINCIA.

(CONTINUACION.)

II.

LA COMIDA.

Un baile de niños debe empezar temprano, si no se quiere correr el riesgo de ver á los convidados dormirse debajo de las banquetas, después de una hora de diversion. Así, desde las siete de la tarde, la señorita Blanca Derby, rodeada del personal del establecimiento que dirigía, esperaba á los invitados grandes y pequeños. Su traje era exactamente el mismo que llevaba el día de la distribución de los premios; nada faltaba, ni aun la corona de rosas blancas, que por una delicada coquetería, la jóven había renovado para demostrar á sus huéspedes de aquella noche en cuánta estima tenía sus sufragios.

Hemos hablado del personal del colegio, pero todavía tenemos que hacer dos presentaciones al lector: primeramente, la de una buena anciana, de aire noble y distinguido, abuela de la jóven directora; y luego, de una inglesa de edad problemática, muy tiesa y presumida, excelente mujer por lo demás, y antigua profesora de inglés de Blanca. Esta, al dejar á París, había propuesto á la inglesa la subdirección del colegio que iba á establecer en provincia, y su proposición fué aceptada en

seguida. Las funciones de la señorita Miss, como le llamaban las discípulas, que no podían pronunciar su nombre erizado de consonantes, consistían principalmente en enseñar el inglés á las niñas y varios pequeños trabajos de calceta, tapicería, etc., en los cuales sobresalía como la mayor parte de sus compatriotas.

Las del señor Dupont, á quien llamaban comunmente el señor maestro, eran mucho mas importantes, como hemos dicho antes de ahora. Antiguo profesor en uno de los principales colegios de París, este excelente hombre había tenido el raro talento de llegar á poner su ciencia al alcance de las niñas de siete á catorce años; y hubiera hecho mas todavía por complacer á la que él designaba únicamente con el nombre de señorita; denominación que adquiría en su boca toda la importancia de una distinción suprema, cuando hablaba de Blanca.

Tal era el personal científico del establecimiento. Respecto al servicio doméstico, lo componía una gruesa criada llamada Juana, que participaba de la especie de culto que el viejo profesor tributaba á su bella directora. Otra mujer ayudaba á Juana en sus trabajos, pero no dormía en el colegio, como tampoco el señor Dupont, quien habitaba una pequeña casa en el mismo barrio.

La jóven parisiense se reservaba exclusivamente la instrucción religiosa de sus discípulas, y no hubiera permitido que persona alguna la reemplazase en su edificante tarea.

La abuela, en cuanto no lo estorbaban sus achaques, la secundaba en todas las faenas propias de la dueña de una casa.

Dadas ya estas explicaciones para la mejor inteligencia de lo que va á seguir, volvamos á nuestra comida.

Como hemos dicho ya, todo se hallaba preparado á las siete de la tarde: las colegialas llegaron muy pronto ataviadas con sus mejores adornos, conducidas por sus padres, y seguidas de los dichosos hermanos y primos. Todos los árboles genealógicos de la provincia se habían consultado con objeto de ver de encontrar un parentesco cualquiera con las pensionistas de la señorita Blanca; de modo que casi todos los jóvenes mas notables de la ciudad y de sus cercanías figuraban en el número de los bailarines.

Así que se halló reunida una concurrencia regular, se puso el señor Bontemps al piano y las felices niñas bailaron con caballeros reales y efectivos; cosa que tiene muchos encantos para ellas. También asistieron unos dos docenas de hermanas crecidas, que no habían ido allí seguramente para hacer tapices. El baile se organizó del todo. Blanca bailaba con Gaston de Courtel, hermano de la pequeña Enriqueta; pero después de esta primera contradanza, rehusó todas las invitaciones que se le hicieron, á fin de consagrarse enteramente á sus deberes de señora de casa.

A las nueve fueron llamadas las colegialas para la famosa comida, que las aguardaba servida ya en las mesas de las clases, unidas unas á otras y cubiertas con manteles como la nieve. Cada plato contenía frutas, pasteles y bombones, figurando á su lado el indispensable vaso para el ponche. Muchos asientos había además de los ocupados por el número previsto de alumnas, y estaban destinados á los jóvenes hermanos y primos, que seguramente no temerian comprometer su dignidad de hombres, sentándose á una mesa de niñas. Las mamás agradecieron infinito á la linda directora esta amable atención.

—Nada olvida! decía el señor Dupont, ó mas bien el señor maestro, frotándose las manos con satisfacción al oír hacer á todo el mundo mil elogios de su ídolo.

—Nada olvida! repetía la señorita Miss con voz gutural, sentándose en la esquina de una mesa ante una bandeja provista de todo el aparato de un té inglés, que ni el ponche, ni la comida, podrían reemplazar para una verdadera hija de Albion.

Mientras que la sociedad se divertía con este espectáculo, la señorita Blanca se eclipsó y se dirigió al salón para disponer el ponche que se ofrecía también á los padres y parientes de las niñas.

Sobre un espacioso velador colocado en medio de la vasta sala, se elevaba una pirámide de dulces de todas clases, rodeada de un batallón compacto de vasos de ponche. Luego que estuvieron arregladas todas las sillas al rededor de la mesa, operación de que se encargó el señor maestro, que seguía á Blanca como su sombra, la jóven volvió á entrar en la sala de la comida precisamente en el instante en que la abuela, escoltada por Juana, vestida de fiesta, llevaba el ponche prometido á las colegialas. Toda la concurrencia infantil prorrumpió en gritos de entusiasmo, y la vieja señora aturdida con tanto ruido, hubiera dejado caer la vasija que contenía el ponche, si Juana no supiera apoderarse de ella á tiempo.

—Juana! á mí! á mí! exclamaron todas las niñas levantando sus vasos.

—Un momento, señoritas, dijo la gruesa muchacha sin pestañear: ó se sienta todo el mundo, ó me bebo yo sola el ponche.

A esta amenaza, cesaron todos los gritos y las insurrectas permanecieron inmóviles en sus puestos.

Juana, orgullosa de su triunfo, dió la vuelta en torno de la mesa con paso magistral, llenando los vasos sin derramar siquiera una gota en el mantel.

—Bravo, Juana, dijo su ama cuando aquella volvió á su punto de partida, sois digna de desempeñar el cargo de escanciador de un rey.

—Muchas gracias, señorita, dijo Juana; prefiero ser vuestra criada.

Y la mofletuda Juana salió colorada de confusión y de alegría.

—Señores, dijo entonces la señorita Blanca, todos los

que vinieron aquí tienen que disfrutar de la famosa comida. Ahora nos toca á nosotros.

Y cogiendo del brazo á una señora anciana su vecina, cuyo marido, antiguo notario, era uno de los hombres mas influyentes de la ciudad, precedió á los convidados entrando en el salon.

—Estais haciendo locuras, queridita mia, le dijo la vieja señora, que profesaba á Blanca una afeccion casi maternal.

—No lo creais, contestó la jóven sonriendo.

Y auxiliada por su abuela y por el viejo profesor, hizo con mucha gracia los honores de la pequeña colacion. Luego, cuando todos los convidados estuvieron servidos:

—¿Qué os ofreceré ahora á vos, mi buen señor Dupont? le dijo á su anciano caballero.

—Nada, mientras vos misma no hayais tomado alguna cosa, señorita.

—Ya lo creo. Yo voy á tomar un pastelillo y un vaso de ponche.

—Entonces, y aceptaré un vaso de ponche y un pastelillo, dijo el viejo inclinandose.

La jóven se sonrió y colocando sobre un plato los objetos designados, con la adiccion de un enorme pedazo de pastel, se lo presentó todo al profesor.

—¿Corazon mio, exclamó entonces la mujer del notario, dónde os habeis procurado estas excelentes genovesas? ¿Son de casa del pastelero Leroy, sin duda?

—No, señora, contestó Blanca, esas genovesas han sido hechas en el colegio.

—¿Dónde aprendió Juana á hacer esos pasteles tan finos y tan sabrosos?

—No ha sido Juana quien los hizo, añadió Blanca con una sonrisa.

—Y quién entonces? insistió la vieja señora.

La jóven se sonrió otra vez.

—¿Cómo! seriais vos acaso?

Blanca se ruborizó.

—Cuando os digo que poseo todos los talentos! dijo en voz baja el viejo maestro al señor de Courtel.

En un momento el plato de las genovesas recorrió toda la mesa, de modo que cuando la anciana señora alargó su mano para coger otro de sus pasteles favoritos, no encontró mas que las migas.

—Tranquilizaos, se apresuró á decirle Blanca, mañana las volveré á hacer expresamente para vos.

—Si yo fuera ministro de instruccion pública, exclamó gravemente el viejo notario, publicaria un decreto concebido en estos términos: desde primero de Enero, las genovesas formarán parte de la enseñanza.

Esta ocurrencia hizo reír á todo el mundo, pero un estrépito infernal promovido en la sala de baile, dominó muy pronto las risas. Se oía cantar, gritar, patear, todo á un tiempo.

—¿Qué es eso, señor Bontemps? preguntaron de todas partes al profesor de música, que entraba tapándose los oídos.

—Misericordia! exclamó este, serian capaces de derribar las murallas de Jericó! Figuraos, señoras, que en el momento en que la inglesa dió orden de acostarse á esos diablillos, se pusieron todas á bailar formando rueda, cogiéndola á ella en medio, y cantando cada una lo primero que se le ocurrió. Esa es la algarabía infernal que se oye desde aquí. La pobre Miss, fascinada por la ronda diabólica que gira en torno suyo, se ha visto obligada á sentarse en el centro del círculo para no caerse.

—Corred en su auxilio, mi buen señor Dupont, dijo la jóven al profesor.

—Al instante, señorita.

Y el señor maestro atravesó el salon apresuradamente y desapareció en el corredor que separaba las dos habitaciones. Al cabo de un momento, el tumulto redoblaba y el alcalde de la ciudad, que habia seguido al señor Dupont con algunas personas mas, volvia á entrar en el salon riéndose á carcajadas.

—Han encerrado tambien al profesor en su círculo mágico, dijo el alcalde tomando aliento, y por mas esfuerzos que hace para explicarse, no puede el pobre hombre conseguir que se le escuche. Se halla prisionero con la inglesa de ese batallon de diablos.

—Oh! exclamó Blanca, vuestros calaveras de muchachos han pervertido mis pobres niñas.

—Son ellas mil veces peores que ellos, repuso el alcalde, que tenia allí cuatro hijos; y como están en mayoría, dictan la ley.

—Vamos, veo que al fin tendré que tomar parte en el asunto, dijo Blanca levantándose.

Y desapareció á su vez por la puerta de comunicacion, despues de disculpase con las señoras por esta ausencia momentánea.

—Vamos tambien nosotras; dijeron las hermanas crecidas, y siguieron á Blanca.

Un minuto habria transcurrido apenas y el mas profundo silencio sucedió al anterior desorden, sintiéndose en seguida, encima del salon, los pasos de las niñas que se dirigian al dormitorio.

—Ya está todo apaciguado, dijo Blanca volviendo á entrar con su escolta y seguida de los chicuelos cubiertos de sudor y de polvo.

—Tan pronto! Cómo habeis hecho? prorrumpieron de todas partes.

—Les dije que se fueran á acostar, respondió sencillamente la jóven.

—Pero cómo lograis que os tengan tanto respeto? insistió uno.

—No me temen lo mas mínimo.

—Y entonces, cómo os obedecen?

—Verdaderamente, no lo sé.

—Yo lo sé muy bien, exclamó el señor maestro, que

acababa de llegar limpiándose la frente; la señorita se hace amar.

—¿Qué dulce debe ser obedeceros! dijo una voz conmovida muy cerca de Blanca.

Esta volvió la cabeza y se ruborizó al tropezar con la mirada de Gaston de Courtel. Pero, reponiéndose luego, exclamó dirigiéndose á las hermanas de sus discípulas.

—Señoritas, no quereis bailar un poco tambien?

—Oh! con mucho gusto, contestaron todas las muchachas y aun algunas madres jóvenes.

—Pero antes, señorita, añadió una de aquellas, ¿seriais tan amable que quisiérais cantar alguno de esos hermosos romances que habeis traído de París, y de los que tanto me ha hablado mi hermanita?

Toda la sociedad apoyó la súplica, y la señorita Blanca, sin hacerse rogar mas, se sentó al piano, al rededor del cual se agruparon las jóvenes.

Blanca eligió un romance titulado: *La corona de flores azules*, que era una pequeña composicion rebotando sentimiento y poesia.

—Os pido indulgencia en gracia de la cancion, dijo, y preludiando con mano ligera, cantó con mucha expresion al mismo tiempo que con suma sencillez.

—Dios mio! ¡Qué hermosa cancion! exclamaron las jóvenes.

—Y qué bien cantada! añadieron los individuos del sexo feo aplaudiendo.

Y como Blanca se preparase para dejar el piano, toda la asamblea protestó gritando:

—Otra! Otra!

—Esta, dijo una de las señoritas, poniendo sobre el atril una cancion de Massini, cuyo titulo era: *Dejadme amarle*, la cual, nueva entonces, hacia justamente furor en los salones de París.

—Es muy apasionada esta cancion, objetó Blanca.

—Tanto mejor, contestaron.

Y Blanca cedió.

El romance apasionado obtuvo todavia mas éxito, que el romance sentimental. Es verdad que fué cantado con una voz vibrante y simpática que electrizó á los oyentes. El señor maestro, por su parte, lloraba detrás de una cortina.

—Otra! otra! gritaron todavia los concurrentes.

Pero esta vez, la señorita, juzgando que la sociedad se habia ocupado ya bastante de ella, respondió tocando una contradanza.

El llamamiento era irresistible y en seguida se organizó el baile.

—Direis todo lo que os acomode, señor Bontemps, decia al profesor de música una mujer pequeña, peinada á lo sauce-lloron; pero vuestra señorita Blanca es una linda coqueta.

—¿Cómo os atreveis á decir eso, esposa mia? dijo el señor Bontemps.

—¿Cómo? ¿Cómo? prosiguió la esposa, pues no estais viendo que trastorna á todos la cabeza?

—Es muy posible; pero no tiene la culpa de ello.

—No tiene la culpa? Medid bien vuestras palabras, señor Bontemps, que me voy irritando. ¡No tiene la culpa y ha colocado una corona de rosas sobre sus cabellos! ¡No tiene la culpa y ha preparado de antemano, sin duda alguna, toda esa comedia de las canciones, tocando luego la contradanza para distraer la concurrencia con el objeto de que nadie cantase aquí mas que ella!

—Tú has dicho al llegar, querida, que estabas constipada.

—No se trata ahora de mí, dijo con impaciencia la diminuta señora.

—Y de quién entonces? Me parece que, á excepcion de la señorita Blanca, no hay persona alguna en el salon que cante, mas que tú.

—Vamos, vamos, señor Bontemps, dejadme en paz. Sabeis demasiado que padezco de los nervios y no parece sino que os proponéis llevarme la contraria para agravar mi mal.

Y la mujercilla se puso á aspirar un frasquito de sales. Segun se ha visto, la esposa del buen profesor de música, estaba muy lejos de participar del entusiasmo general y forzoso es convenir que tenia sus razones para ello; porque la aparicion de Blanca habia despojado á la pobre señora de la especie de prestigio que le daba tambien su titulo de parisiense, título que pretendia hacer valer á todos momentos, llena de afectacion. Los provincianos son gente sensata en su mayor parte, de manera que tan pronto como vieron á la señorita Blanca, reconocieron en ella el original y desdénaron la copia.

—Abuela, dijo la mujer del notario á la anciana señora que se quedaba dormida, os estais cayendo de sueño, id á descansar.

—Imposible, contestó la abuela; no puedo dejar á mi pobre niña sin su guardián. Sabe Dios que ella no lo necesita, pero el qué dirán! ya veis...

—Confíadme vuestros poderes y dormid en paz. Os prometo salir de aquí despues de todos. Ea! no insistais! marchad!

—En ese caso, muchas gracias, mi buena vecina. Aprovecho de linda gana vuestro ofrecimiento porque estoy haciendo una figura ridícula.

Diciendo estas palabras, la vieja abuela de Blanca dió un apretón de mano á la señora notaria y se eclipsó, como suele decirse, á la francesa.

—A dónde va mi abuela, señora? preguntó Blanca que acababa de levantarse del piano.

—A acostarse, querida. Me ha dejado sus poderes y ya podéis mirar cómo os conducís, porque soy muy severa.

—Oh! no os temo, dijo la jóven abrazando á la amable señora, no temo nunca á las personas que amo.

—Y á las que os aman? exclamó la mujer del notario

señalando con sus miradas á todos los jóvenes que estaban en el salon.

—Tal vez, contestó Blanca ruborizándose.

—Teneis razon, querido ángel, desconfiad siempre.

En este momento, se acercó un jóven á Blanca. Se hallaba vestido con bastante exageracion y disimulaba bajo las apariencias de un hombre bien educado, cierta fatuidad que llegaba algunas veces hasta la impertinencia. Ese jóven era el sustituto del procurador del rey.

—Señorita, le dijo á Blanca presentándole la mano, no revocareis una determinacion que nos desespera á todos, dignándoos otorgarme la gracia de bailar una contradanza?

—Mil gracias, caballero, contestó la jóven; me encuentro sola para hacer los honores y únicamente figuraria en la cuadrilla en el caso de que hiciese falta alguna señorita.

—Oh! si yo pudiese despedirlas á todas! exclamó el sustituto con fuego.

—Haceis bastante favor á esas jóvenes! dijo Blanca con ironia.

—Y qué me importan todas esas provincianas? añadió en voz baja el jóven.

—Pero me importan mucho á mí, pues no quiero cometer una falta que he criticado mil veces en otras señoras de casa que bailan continuamente sin cuidarse de que sus convidadas hagan mientras tanto calendarios.

—Sois acaso enemiga de Gaston de Courtel? dijo el jóven con malicia.

—Yo! exclamó Blanca con cierta vivacidad que equivalia á una protesta.

—Sin duda alguna, señorita; porque la única contradanza que os habeis dignado concederle, va á crearle tantos enemigos como admiradores teneis.

—En ese caso, prosiguió la jóven con una especie de ironia y dando su mano al sustituto del procurador del rey, acepto vuestra invitacion; así, á lo menos, seréis dos á defenderme.

El elegante se mordió los labios y condujo su bella pareja á la cuadrilla sin añadir una palabra mas.

REMIGIO CAULA.

(Se continuará.)

LOS VEJINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(Continuacion.)

—Cambiar!... y con qué razon? Cuando creo asegurada la suerte de una de mis hijas ¿iría yo como un imbecil á vacilar? Vos sabeis, hermano mio, por experiencia, que no acostumbro á revocar mis decisiones.

—Es esa, pues, vuestra última palabra? ¿Herminia está condenada á ser madame Pottewal?

—Sin apelacion; la palabra está dada.

—Y bien, seal... exclamó Blondeel furioso y blanco como un papel. Sed el verdugo de vuestra hija, como sois el verdugo de vuestra mujer. Ya dareis cuenta á Dios de vuestro afrentoso egoismo!

—¿Qué quereis decir?... Vos me insultais?

—Osais responderme?... hombre sin corazon!... repitió Blondeel. ¿Qué habeis hecho de mi pobre hermana? Ella era bella, amable, alegre y os casastes con ella sin amor; sus padres creian igualmente que seria dichosa, y la habeis hecho infeliz, habeis emponzoñado su vida y la habeis convertido en mártir de vuestro egoismo.

¿Qué queda de esta mujer encantadora, modelo de amabilidad y de talento? Nada; sino una criatura desesperada, medio idiota, que se ha vuelto casi una niña!...

—Sí, sí; no solamente habeis comprimido su dulce natural con vuestra dureza, sino que habeis apagado su talento, y podeis ahora contemplar con satisfaccion, con fiereza, una esclava que tiembla cuando encuentra los ojos de su tirano... una madre anonadada hasta el punto de que ella misma no se atreve á defender á su hija contra el verdugo que la va á sacrificar en el altar del becerro de oro!

—Quereis callar!... estais en mi casa y os prohibo...

—Hablaré, hablaré, hasta que haya desahogado mi corazon; continuó Blondeel con una volubilidad febril. Es esta la última vez que me veis. Está decidido, Herminia será condenada á la misma suerte que mi hermana; y bien, sois el amo, lo conozco; pero yo, Juan Blondeel, y mi hermana María, somos igualmente dueños de lo que nos pertenece; y vos contais con que os dejaremos nuestros bienes y formarán parte de los de la familia; pero os advierto que si Herminia se casa con Pottewal, vuestras hijas no heredarán ni un céntimo de los nuestros; estad seguro de esto, y no tengais de ello la menor duda. Lo gastaremos todo, aunque sepamos morir en la miseria.

Esta amenaza pareció inspirar algun temor á Romys, pues se calmó de repente y tomando las manos de su agitado cuñado dijo con afable sonrisa:

—Vamos, amigo mio, calmaos. No os cegueis sin fundamento.

—¿Cómo, no me creéis?

—Vos no sois hombre para gastar doscientos ó trescientos mil francos.

—Entonces los dejaremos á los pobres!...

—No, no; vos amais demasiado á vuestra familia.

—Hombre testarudo!... exclamó Blondeel fuera de sí. Te doy mi palabra de honor de que así será... ¿Y bien, ya que tanto apreciáis el dinero, la pérdida de doscientos cincuenta mil francos no podrá haceros reflexionar?

—Pottewal trae á la familia cuatrocientos mil francos.

Vos sois demasiado bueno y demasiado justo, murmuró Romys.

—Oh! esto es espantoso!... exclamó Blondeel con voz ronca; si no me voy me va á dar un ataque cerebral. Cúmplase lo que está decidido. Seguid martirizando á mi hermana hasta que una casa de locos ó la tumba la reciba; vendid vuestra hija á un hombre grosero falto de educacion y de talento; pero no esperéis volver á verme en vuestra vida. Adios, adios para siempre.

Diciendo estas palabras se dirigió hácia la puerta, Romys quiso impedir su partida.

—No, no; añadió Blondeel esforzándose por escapar de sus brazos; no me volvais á hablar; mi resolucion es igualmente irrevocable. Mañana haremos nuestro testamento legando nuestros bienes á una casa de beneficencia de Bruselas. No hay ya nada de comun entre nosotros, adios.

Se lanzó hácia el vestibulo; allí Romys pretendió todavía detenerle diciéndole con tono suplicante:

—Vamos, amigo Juan; sed razonable y volved al salon; yo os demostraré que hacéis mal en enfadaros conmigo.

—Dejadme; yo no os conozco!... barbotó Blondeel corriendo al jardín.

—Julia, dijo con las lágrimas en los ojos, estrechando á la anciana señora contra su corazon; es la última vez que me veis. La fatalidad lo quiere. Herminia está condenada; que Dios la proteja y á vos tambien, pobre hermana mia!...

Entonces, fortaleciéndose contra su pena, con espantosa violencia tomó la mano de Ernesto y obligándole á levantarse, exclamó con una impaciencia febril:

—Venid, amigo mio; esta casa es una casa de desgracia, parlatamos.

Madame Romys quiso detener á su hermano; Bonifacio hizo todavía esfuerzos para calmarle, pero él arrastró casi por fuerza á Ernesto fuera del jardín.

En el momento en que iban á dejar la casa, Herminia apareció en el dintel de una puerta en la esquina del jardín.

Ernesto dirigió una larga y dolorosa mirada á la trémula jóven que tendía los brazos hácia él, sucumbiendo á su emociion. El hizo un movimiento para dirigirse hácia ella pero Blondeel le tiró del brazo y sacándole fuera del vestibulo cerró la puerta.

—Ernesto!... Ernesto!... exclamó la pobre jóven con tal desesperacion que su voz resonó en el jardín como un grito de agonía; ¡Ernesto!... Oh! Dios mio!... y él tambien me abandona!...

Vacilante trató de apoyar sus manos en el borde de la ventana; pero antes que hubiera podido conseguirlo sus escasas fuerzas la abandonaron y cayó en tierra sordamente.

Madame Romys corrió hácia ella lanzando un grito de espanto, se agarró á su hija y levantando su cabeza inundó su rostro de dolorosas lágrimas.

Durante este tiempo Bonifacio golpeaba el suelo con impaciencia y con despecho, y murmuraba que no le impediría nadie hacer lo que irrevocablemente estaba decidido en interés de la familia, ni lloros ni aspavientos y menos todavía aquella ridicula comedia. Llamó á su hija mayor y á la criada que se presentaron inmediatamente en el jardín.

Teresa se encogió de hombros y juzgó una farsa el desvanecimiento de su hermana.

—Vamos, pronto; tendid las manos, Sofía, y la llevaremos á su cuarto en nuestros brazos. Allí la frotaremos las sienes con vinagre: dijo Romys á la criada.

A estas palabras levantaron á la pobre Herminia y la llevaron á la casa. Su hermana y su madre la siguieron quedando el jardín tranquilo y solitario como si nada hubiera pasado.

VI.

Era por la mañana temprano y ya la señorita Blondeel estaba sentada en un pequeño salon delante de una mesa sobre la cual estaban preparadas las tazas y platos para el desayuno. Su mirada vaga y distraida se perdía en el espacio y movía la cabeza con penosa preocupacion.

Su hermano tan triste como ella pasaba en este momento del jardín al salon y se dejaba caer en una silla cerca de la mesa.

—V bien, hermana mia; es preciso consolarnos; dijo él.

—¡Consolarnos!... repitió la anciana con un suspiro; jamás, hermano mio; yo tendré este pesar hasta mi última hora.

—Y cuando nada se puede hacer se debe sufrir con resignacion los decretos del destino.

—Si volviérais otra vez á Darlingen!...

—Y qué adelantariamos, hermana mia; no puedo decirle mas de lo que le he dicho; Romys es inflexible; los cuatrocientos mil francos de Pottewal le fascinan y le ciegan. Yo no vuelvo á Darlingen porque seria inútil y no quiero exponerme á un ataque cerebral á fuerza de cólera. ¿A dónde está Ernesto? duerme todavía?

—Dormir, Juan!... os chanceais? quizá no haya el pobre jóven cerrado los ojos en toda la noche!... Se está paseando á lo largo de su cuarto hace dos horas.

—Su desesperacion debe ser grande, María.

—Inmensa, hermano mio; ¡pobre Ernesto! Ver desvanecerse tan cruelmente el sueño de toda su vida!... saber que la amada de su corazon está condenada á una vida de sufrimientos!

BAÑOS Y AGUAS MINERALES DE CHICLANA.

El dia primero del próximo Junio se abrió oficialmente la temporada de estos baños. Excusado nos parece encomiar las virtudes y excelencia de sus exquisitos manantiales minero-medicinales, mas que nuestras palabras, las proclaman y garantizan suficientemente sus hechos curativos, repetidos con tanta frecuencia anualmente hasta haberlas llegado á crear un nombre y crédito proverbiales, no solamente en nuestras provincias, sino en todas las demás de España, en no pocas del extranjero y muy particularmente en las Antillas y Canarias, de donde todos los años, acuden gran número de bañistas en busca de alivio á sus padecimientos.

La concurrencia á estos establecimientos aumenta notablemente de año en año y si como es de esperar se realizan las reformas propuestas, llegarán antes de poco á figurar entre los primeros de la Península, puesto á que están llamados justamente atendidas las propiedades medicinales de sus aguas, su especialidad indisputable en el tratamiento de ciertas dolencias y su bellísima situacion topográfica, con fáciles medios de comunicacion en un país hermoso por excelencia y cuyas condiciones de clima y temperatura son por extremo agradables.

La pintoresca villa de Chiclana, presta tambien á los numerosos concurrentes á sus baños, comodidades y distracciones de todo género: además de las muchas fondas y casas amuebladas que existen en la misma para alojar á los bañistas, sin que de nada carezcan, se dan durante la temporada reuniones casi diarias, donde en medio de la mas cordial franqueza y la mas sincera confianza transcurren agradablemente las horas de la noche al compás de tiernas melodías de Meber ó Rosini, ejecutadas en el piano y no pocas veces dulcemente emitidas por voces mas dulces todavía. El teatro se halla tambien abierto durante el verano y si á esto se añaden los paseos campestres los concurridos y diarios de la poblacion ya á los alrededores, no puede menos de mirarse á Chiclana durante su estacion balnearia como uno de los sitios mas encantadores y confortables de la poética Andalucía. Testigos presenciales de tan buenos ratos en el pasado año, nos prometemos suscribirnos en el presente tambien, como socios bañistas, fundadores de las reuniones que tan ligeramente hemos enunciado.

Segun la memoria clinico-estadística, presentada por el Médico-Director de estos baños, Dr. Taboada, al Gobierno de S. M. las enfermedades en que están mas especialmente indicadas son las siguientes: *Enfermedades de la piel por arraigadas y rebeldes que sean: enfermedades escrófulosas; afecciones nerviosas y reumáticas; raquitis, úlceras cutáneas, afecciones del estómago y garganta y muy particularmente las enfermedades de la matriz y demás particulares del sexo femenino.*

Recomendamos, pues, á nuestros lectores estos establecimientos y procuraremos tenerles al corriente de su animacion, concurrencia y resultados, cuanto es permitido á la índole de nuestra publicacion.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE BODA, hecho de paño de seda blanco. Por abajo y sobre cada costura de los paños y del corpiño, un roló de raso blanco; corpiño montante con cinturón, cuyos cabos muy anchos y muy largos, guarnecidos de fleco de cuentas, se cruzan y se atan por detrás; dobles mangas, la una estrecha, la otra bien larga y ancha, guarnecida de cuentas; hombrera plegada, guarnecida de azahar, y ramillete al lado izquierdo del cinturón; guirnalda de las mismas flores, y gran velo de tul echado á la cara.

TRAGE CORTO, zagalejo y paletot tafetan Bismark, todo recortado á puntas orladas de terciopelo y adornadas con galones negros muy estrechos y cuentas doradas. El paletot tiene dobles mangas, las primeras estrechas y casi ajustadas, las segundas largas y anchas. Sombrero de tul blanco, bordado con cuentas de ámbar.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba, n. 1.

A LOS SRES. SUSCRITORES DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En números anteriores hemos distribuido á nuestros abonados el prospecto de la interesante publicacion que desde el pasado mes de Abril ha dado á luz el conocido escritor Don José de Castro y Serrano, bajo el título de

ESPAÑA EN PARIS.

Innecesario creemos hacer excitacion alguna á nuestros lectores para que adquieran una obra que podemos calificar hasta de indispensable, no solo para los que no lleguen á visitar la próxima Exposicion de Paris, sino tambien para los que á ella concurren.

Por eso recomendamos de nuevo la lectura de dicho prospecto, seguros de que no habrá persona alguna á quien no interese la publicacion de

ESPAÑA EN PARIS.

La Empresa de LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA, comprendiendo los altos y desinteresados fines del autor, y anticipándose al deseo de sus abonados, ha convenido con el expresado Señor de Castro y Serrano, las bases necesarias para que por medio de nuestra Administracion puedan recibir la obra.

Al efecto, todo suscriptor á LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA, lo mismo en España que en Por-

tugal ó América, que quiera recibir desde hoy la obra ilustrada de

ESPAÑA EN PARIS.

debe dirigirse á nuestro Administrador ó á los comisionados, por medio de los cuales tengan hecho su abono á LA MODA, con arreglo á los precios siguientes:

En España, Canarias y Portugal, remitiendo á nuestra Administracion libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correo.	Rvn.	50
Suscribiéndose en casa de nuestros comisionados.		60
En la Isla de Cuba y Puerto-Rico, dirigiéndose á nuestros Agentes.	Pfs.	5
En las demás Américas y Filipinas, dirigiéndose á los mismos.	Pfs.	6

El pago en España puede hacerse, por los que así les convenga, en tres plazos, á razon de 20 rs. cada uno, si el pedido es hecho á nuestra Administracion, y de 22 rs. si ha sido por medio de comisionados. Las fechas de los pagos serán los dias 1.º de Abril, Junio y Agosto.

En América, el pago será de una vez al hacer el pedido al Agente.

Se han publicado ya las tres primeras entregas.

—Oh! ese avaro de Romys!... ¡que no tenga el atrevimiento de presentarse jamás delante de mis ojos, pues me parece que seria capaz de olvidarme de mí mismo!...

—Ireis hoy á casa del notario, hermano mio?

—Yo no sé qué resolver; respondió Blondeel vacilando. Herminia no tiene la culpa de la tenacidad de su padre, y ¿seria justo castigarla desheredándola?

—Ved aquí todavía vuestra bondad exagerada; Romys os conoce bien y está seguro de que no cumplireis vuestras amenazas. Por eso desprecia vuestros consejos y vuestros ruegos. Herminia será rica, tendrá medio millon, y ¿creéis que cien mil francos mas ó menos influirán para nada en su felicidad?...

—Si; pero no obstante, es hija de nuestra hermana.

—En efecto, Juan; y si vuestra herencia pudiera consolarla un dia yo seria de vuestro parecer, pero entonces asegurábamos el triunfo de Romys, y recompensábamos con nuestra fortuna su cruel avaricia. Reflexionadlo, Juan, ¿á qué consentir, por bondad de alma, en ser siempre engañados por esa pícaro gente?

—Pero, hermana mia, á quién dejaremos nuestra fortuna? ¿A personas que nos sean enteramente extrañas?

—Escuchadme. Yo he reflexionado seriamente sobre este negocio y me asombro de que no hayamos tenido antes la idea que ahora se levanta á cada momento en mi espíritu. Una vez Herminia casada, nos quedaremos enteramente solos, y aunque continuemos amándola, su recuerdo nos será siempre doloroso. Yo creo haber hallado un medio de hacer una cosa que pueda consolarnos en nuestra vejez. ¡Si nosotros adoptásemos á Ernesto como hijo; como hijo y único heredero!...

—Qué idea!... exclamó Blondeel.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Se continuará.)



il vestido de novia
es cosa de
copiarle
para
cuando
me case
P.R.

Imp. Leroy, Paris

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

56, Rue Jacob, Paris

A la moda elegante

